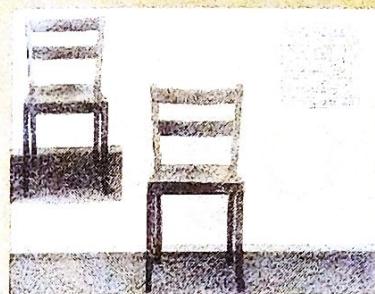


# Nueva historia de la Literatura Boliviana

El destacado investigador Adolfo Cáceres, nos presenta con carácter primicial un adelanto del cuarto tomo de su «Nueva Historia de la Literatura Boliviana» referido al período modernista. Específicamente la poesía a través del pormenorizado estudio bio-bibliográfico y crítico de los más destacados poetas de ese período.



## (QUINTA DE SEIS PARTES)

### FRANZ TAMAYO: (1879-1956)

Con Tamayo no basta preguntarse quién es, sino qué es. ¿Es un fenómeno del mestizaje que fulgura con la magia de su verbo? Si, por cierto, pero sobre todo es la palabra negada por Ignacio Prudencio Bustillo, Alcides Arguedas, Arturo Oblitas y muchos otros que piensan que sólo el blanco es capaz de hacer arte. Es la gloria de los bolivianos, tal como él trazó en su epitafio, al decir: «Éste es Franz Tamayo. Su gloria es mi propia gloria», aunque lo hiciera pensando en la sociedad paceña. Nadie que conozca su obra duda de la magnificencia de su talento creativo. Muchos lo consideran un genio. Luis Alberto Sánchez, dice de él: «Franz Tamayo es un caso único de recóndita erudición, secreta soberbia, magnífico dominio literario, clara conciencia estética y terca permanencia en la irrealidad y el destiempo, inmune a las consideraciones de espacio y tiempo, aquél el de Bolivia, éste el de la posguerra del Chaco. Tamayo no «prosificó» nunca en verso, ni siquiera en sus Proverbios. De haberse aireado más y tenido mayor contacto con el mundo exterior a sí mismo y a Bolivia, pudo ser el émulo y sucesor natural de Rubén Darío».

Pero es más que un émulo, por cuanto clausura el Modernismo, dando pie a otras formas de expresión, así como lo hiciera con Odas (1898), enalteciendo el Romanticismo boliviano, en un ámbito neoclásico. De hecho se puede hablar de la poesía boliviana de antes y después de Tamayo, en cualquiera de sus modalidades de expresión. Irónicamente es la forma —a la que le negaba valor y sustancia en Odas— la que hace de su poesía un manantial único de música y armonía. En principio Tamayo concebía su arte como: «Una Poesía profundamente cristiana, que se basa y que resida más en la verdad de las ideas que en la elegancia de las frases». Eso aquilataba su pensamiento a los 16 ó 19 años de edad. Según confiesa en su «Para siempre», había empezado a gustar de las letras a los 8 años. Su formación pedagógica fue diseñada por su padre, quien le puso maestros particulares, en distintas especialidades, e inclusive en las lenguas clásicas, como el griego y el latín, junto a las modernas. A propósito de «la elegancia de las frases», precisamente esa elegancia, erudita, sería después la base de sus temas modernistas, nimbados de sabidu-

ria. Pero veamos un poco al hombre, para ocuparnos luego del artista.

Franz Tamayo, cumbre indiscutible de la poesía boliviana, nació en La Paz el 29 de febrero de 1879, año bisiesto, y falleció en esa misma ciudad el 29 de julio de 1956. Fue gestor de una nueva ideología que abrió cauce al nacionalismo, en el plano educacional, con Creación de la Pedagogía Nacional (1910), obra destilada de su quehacer periodístico y parlamentario, con la que en cierto modo se opuso a Pueblo Enfermo (1909) de Arguedas, y también a la misión Rouma, que había llegado de Bélgica con el propósito de formar a los maestros bolivianos.

Sería inagotable hablar de Tamayo, de su vida y obra, que fue reseñada por Fernando Díez de Medina, en su semblanza biográfica: Franz Tamayo. Hechicero del Ande (1942); también existen otros estudios sobre su vida y obra que van apareciendo paulatinamente, dentro y fuera del país. Tamayo es múltiple en el arte y en la política boliviana. Lo que hace más grande al artista es su dimensión humana, insólita y desconcertante, para un medio tan estrecho como el que lo cobijó. En 1910, los editoriales de «El Diario», abordaron temas de educación, a través de la pluma de Tamayo. Esos editoriales, reunidos en volumen, conformaron Creación de la Pedagogía Nacional. En 1915, Tamayo fundó «El Figaro» y, dos años después, dirigió «El Hombre Libre». En 1913 había dirigido «El Diario» de La Paz. A la caída del gobierno liberal, en 1920, la junta militar «reivindicacionista» lo designó delegado de Bolivia ante la Sociedad de las Naciones, en Ginebra, a fin de defender los derechos marítimos de su país. A su regreso, en 1922, durante el gobierno de Bautista Saavedra, fue elegido Diputado por La Paz. En tal circunstancia, siendo Canciller de la República el también poeta modernista Ricardo Jaimes Freyre, cuya política «practicista» respecto al conflicto marítimo con Chile, no convencía a Tamayo, éste lo interpeló, suscitándose un memorable debate entre ambos poetas, del 11 al 26 de enero de ese año 22.

Como jefe del Partido Radical, que él mismo fundara, fue candidato a la Presidencia de la República, siendo elegido en 1934, en plena Guerra del Chaco (1932-1935), pero el derrocamiento del Presidente Salamanca le impidió asumir el poder, retirándose luego de toda actividad política, por el lapso de 10 años, volviendo como parlamentario, durante el go-

bierno del Cnl. Gualberto Villarroel (1943-1946). Su actuación de entonces se halla explicada en «Tamayo rinde cuenta».

El Tamayo inmortal es el poeta, el creador innato, que irónicamente siendo el más conocido, es el menos leído. Existen calles, plazas, colegios, instituciones y hasta una provincia paceña, con los que se perpetúa su memoria. Desde luego que no es fácil comprender su obra poética, en cierto modo emparentada con el Góngora culterano, en un contexto grecolatino. Por otra parte, su notable sensibilidad musical y el dominio de una veintena de lenguas clásicas y modernas, hacen de sus versos un verdadero concierto de palabras; versos luminosos, sabios y armónicos, en temas de proyección metafísica.

La aparición de sus libros, sobre todo de sus tragedias y poemarios, no suscitó ninguna respuesta adecuada de parte de los críticos de entonces. Cuando más, Carlos Medinaceli es el que mejor lo enfoca, aunque le dedica poco espacio, dudando inclusive del lirismo de Tamayo, a quien considera, con palabras de Gonzales Prada, «un ícaro (que) lleva en las alas el peso de una biblioteca», y luego, en otro artículo, dice: «Si para los que no hemos tenido la suerte de recibir una buena educación humanista como aquella de la que se benefició el aprovechado alumno de la Sorbona que es Tamayo, no es difícil penetrar en la simbología mítica de la más honda de sus tragedias líricas, «La Prometheida»; si nos falta cultura, lo que no debe faltarnos es otra virtud que suple aquella buena voluntad, voluntad de comprender, lo que el gran Spinoza llamaba amor intellectualis. Es lo que se requiere para comprender a Tamayo».

Por su parte, Roberto Prudencio considera que «Tamayo encierra en sí un artista y un pensador; un cerebro inmensamente cultivado al lado de un espíritu hondamente intuitivo. De ahí que su obra poética contiene las más secretas adivinaciones y al mismo tiempo la forma más culterana y trabajada. Por eso es una obra que desconcierta». Y tal desconcierto lo manifestó irónicamente Rosendo Villalobos, al decir que no podía entender «La prometheida», porque no sabía griego.

(Continuará)